

Ame a la hermandad (13.1–3)

Hebreos, como combinación de tratado, homilía y carta, es único en el Nuevo Testamento. El final contiene las características de una carta del primer siglo, sin embargo, el último capítulo es también una conclusión adecuada. Las amonestaciones finales del autor son perfectamente compatibles con el resto del libro. La parte argumentativa del tratado ha quedado atrás.

Al concluir su presentación, el autor alentó diversos aspectos de la labor congregacional e individual, tales como la hospitalidad, el ministerio en las prisiones, la administración, el servicio, la sumisión para con los líderes de la iglesia y la oración. Hizo un llamado final a salir «fuera del campamento» del judaísmo, e incluso les pidió a los destinatarios soportar la «palabra de exhortación» suya (13.13, 22). Nada podría ser más relevante para los cristianos modernos que el capítulo 13. El autor insistió en que el servicio a Dios exige ofrendar y ayudar a los demás. Estos hermanos ya habían demostrado tener ese cuidado (6.10).

UN AMOR CONTINUO

¹Permanezca el amor fraternal. ²No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles. ³Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos; y de los maltratados, como que también vosotros mismos estáis en el cuerpo.

«El amor fraternal» («el amor de los hermanos», vers.^o 1) se traduce de la palabra *φιλαδελφία* (*philadelphia*),¹ un amor natural que normalmente

¹ Este amor es *phileo* (un amor natural) junto con *adelphos* (hermano). El amor *agape* es un amor altruista, como el de Dios. No es precisamente natural, pues se basa en un principio (1^a Juan 4.19). No obstante, en la Septuaginta, *phileo* y *agape* se usan a veces intercambiamente.

tienen los hermanos y hermanas unos por otros. La necesidad de tal amor fue a menudo subrayada por Pablo (Romanos 12.10; 1^a Tesalonicenses 4.9) y por Pedro (1^a Pedro 2.17; 2^a Pedro 1.5–8).

Jesús convirtió a Su pueblo en verdaderos hermanos y hermanas con el ejemplo de Su amor por ellos, el cual ayudó a cultivar el amor entre ellos (Juan 13.34, 35). Así dijo: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; *como yo os he amado*, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (énfasis nuestro). Estos hebreos, hermanos en Cristo, tenían un amor fraternal, sin embargo, habían de esforzarse para darle continuidad al mismo.

Como judíos que eran, tenían algún espíritu de familia, pese a que las disputas estaban aumentando entre las diversas sectas en Jerusalén. La falta de armonía condujo a horribles consecuencias en el año 70 d. C. La marcada división entre los judíos de Jerusalén constituyó la verdadera causa de su negativa a rendirse ante el ejército romano. Esto llevó a un terrible sufrimiento. La falta de amor fraternal podía haber estado creciendo entre los judíos cristianos también.

Debido a que estos santos eran como uno con el Padre, Jesús no se avergonzaba de llamarlos «hermanos» (Hebreos 2.11). Jesucristo es el fundador de una gran hermandad, la cual había de ser amada por todos sus miembros (1^a Pedro 2.17). Por supuesto, esto requiere comprender qué es la hermandad. Una vez que se ha determinado, debemos hacer un esfuerzo diligente por amar a los que la componen. Entre estos cristianos, la hermandad fue determinada por la disposición de dejar atrás el templo, la ciudad santa y su religión, con el fin de ser parte del grupo fiel de los discípulos de Jesús.

Si los principales destinatarios de Hebreos eran

sacerdotes convertidos, la posición que tenían como maestros de la Ley tuvo que haberlos hecho sentir un poco superiores a sus hermanos; este espíritu tenía que ser superado si habían de tener un amor fraternal verdadero. Idealmente, amaremos a todos los que Jesús acepta como hijos de Dios—los que se han convertido en tales por la fe y el bautismo en Cristo (Gálatas 3.26, 27).

Tenemos que estar ansiosos a amar a todos nuestros hermanos y hermanas profundamente, dando atención especial a aquellos que son débiles en la fe. Es difícil amar a alguien que crea divisiones, sin embargo, el amor debe ser para él también, en una manera que reprenda su actitud divisionista y a la vez se le invite de nuevo a una comunión amorosa (1ª Tesalonicenses 5.14, 15; vea 2ª Tesalonicenses 3.6).

UN AMOR EXPIATORIO

El amor fraternal debe ser lo suficientemente fuerte como para permitirnos morir unos por otros (1ª Juan 3.16, 17). ¡Qué bueno y agradable es cuando los hermanos moran juntos en armonía (Salmos 133.1)! Busquemos oportunidades para ayudar a los débiles en nuestra comunión (Romanos 15.1, 2; Gálatas 6.10).

Tuvo que haber existido el serio peligro de que el amor fraternal estuviera desvaneciéndose, de lo contrario este mandamiento no habría sido dado. El amor entre los conciudadanos judíos tuvo que casi haberse destruido por causa de las divisiones y disputas de las distintas facciones en Jerusalén durante el asedio de 70 d. C.

Si esta carta fue leída a un selecto grupo de cristianos de Judea, entonces, venía el día cuando se dividirían. Algunos estarían dispuestos a huir de sus hogares cuando parecería que no había peligro inmediato, ya que le creían a Jesús cuando dijo que ellos tenían que huir (Mateo 24.15–22; Marcos 13.14–20; Lucas 21.20–24). Lo anterior sin duda se convirtió en una prueba para la comunión y pudo haber obstaculizado el amor fraternal.

UN AMOR HOSPITALARIO

Los cristianos tienen que tener compasión. En este pasaje se presentan dos características de la compasión: el amor fraternal (vers.º 1) y la hospitalidad (vers.º 2).

Una muestra práctica del amor fraterno es mostrarles hospitalidad a los extranjeros. En el Medio Oriente, la hospitalidad era una señal particular de amistad. Era una práctica que se necesitaba con urgencia en tiempos de persecución, sin embargo, la obligación de abrir el hogar a los demás podría

haber sido ofensivo para algunos. Pedro advirtió contra esa tendencia e instó a los hermanos a mostrar la hospitalidad «sin murmuraciones» (1ª Pedro 4.9). «La facilidad con la que los primeros cristianos estaban dispuestos a hacerlo se convirtió en causa de asombro, por no llamarlo desprecio, para los observadores no cristianos».² La hospitalidad era un requisito para convertirse en una de las viudas «puesta en la lista» (1ª Timoteo 5.9, 10). Estas mujeres recibieron evidentemente el apoyo para hacer obras de beneficencia, para las cuales habían demostrado reunir los requisitos. Pablo mandó a todos a ser hospitalarios en Romanos 12.13.

El autor mencionó que algunos habían hospedado a ángeles sin darse cuenta. ¿Tenía en mente a Abraham y a Lot en Génesis 18 y 19? El momento en el que se dio cuenta Abraham que estaba hospedando al Señor y a los ángeles es incierto, sin embargo, no hay duda de que podía mirar hacia atrás a esa ocasión cuando mostró hospitalidad a los inusuales visitantes, como uno de los días más emocionantes de su vida (vea también Jueces 6.11–24 ; 13.2–21). Alrededor del año 95 d. C., Clemente de Roma escribió: «A causa de su fe y de la hospitalidad, le fue dado [a Abraham] un hijo en su vejez [...] Lot por su hospitalidad y piedad se salvó de [lo sucedido en] Sodoma...».³ El principio en cuanto a tratar a los extraños con amor y bondad había sido requerido por la Ley (Levítico 19.34). Este fue el «amor por los extranjeros» (φιλοξενία, *philoxenia*).

Otra razón por la que la hospitalidad era tan necesaria en el primer siglo es que las posadas de la época eran caras; también eran centros notorios de inmoralidad. Los que habían sido perseguidos y expulsados de sus casas necesitaban urgentemente de la hospitalidad cristiana. Es fundamental, por lo tanto, ejercer esta práctica hacia los demás miembros de la iglesia. La existencia de hoteles y restaurantes no elimina esta obligación nuestra hoy en día. La hospitalidad es un deber cristiano que ayuda a calificar a un hombre para pertenecer al grupo de ancianos (1ª Timoteo 3.2). La esposa del anciano puede ser de tremenda ayuda para que el mismo reúna este requisito.

Los hebreos ya habían demostrado preocupación por los cristianos encarcelados por su fe (10.32–34). No habían solamente de «recordar» a estos hermanos perseguidos, sino que debían de

² Donald Guthrie, *The Letter to the Hebrews: An Introduction and Commentary (La Carta a los Hebreos: Introducción y comentario)*, The Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 268.

³ Clemente de Roma *Epístola a los Corintios* 10.7; 11.1.

actuar como si fueran compañeros de prisión con ellos (vers.º 3; vea Romanos 16.7).⁴

Todos formamos parte de un solo cuerpo y de una sola comunión, esto es, la iglesia (1ª Corintios 12.25; Efesios 1.22–23). El imaginarse a estos lectores como compañeros de prisiones fue una amonestación más efectiva que simplemente expresar un mandamiento a darles ayuda. ¡Qué difícil tuvo que haber sido imaginarse estar encadenados con las víctimas de la persecución! La mayoría de nosotros consideramos la prisión como algo inimaginable. Por lo tanto, visitar ocasionalmente las cárceles, quizás como parte de un ministerio de prisión activo, nos ayudará a comprender un poco qué se siente perder la libertad. «Acordarse» de los presos es mucho más que simplemente «pensar en ellos». Significa seguir dándoles ayuda.

Desde los comienzos de la historia de la iglesia, era evidente que había un espíritu que se preocupaba y compartía (Hechos 2.44–47). Esta actitud se mantuvo durante toda la era neotestamentaria (Hechos 12.5, 12; 15.22, 25). Puede que Pablo estuviera considerando a los presos cuando escribió 1ª Corintios 12.26. Desde su encarcelamiento en un calabozo romano, el apóstol escribió: «Sólo Lucas está conmigo» (2ª Timoteo 4.11a). Un alto elogio fue dado a Onesíforo, así leemos: «... porque muchas veces me confortó, y no se avergonzó de mis cadenas» (2ª Timoteo 1.16). Estaremos obedeciendo la exhortación en cuanto a atender a los presos si practicamos «la Regla de Oro» (Mateo 7.12).

PREDICACIÓN DE HEBREOS

CÓMO EJERCITAR EL AMOR POR NUESTROS HERMANOS Y HERMANAS

La pregunta «¿Quién es mi hermano?» no es ofensiva, ni ilegal, ni impropia. Jesús respondió a la pregunta del intérprete de la ley, esta decía: «¿Y quién es mi prójimo?» (Lucas 10.29–37), sin embargo,

⁴Neil R. Lightfoot escribió: «Los extraños podrían llegar a sus puertas para que se les pueda servir, sin embargo, los presos tienen que ser buscados y atendidos». Jesús también habló de ser visitado en la cárcel (Mateo 25.36). (Neil R. Lightfoot, *Jesús Christ Today: A Commentary on the Book of Hebrews [Jesús hoy: Comentario sobre el libro de Hebreos]* [Grand Rapids, Mich.; Baker Book House, 1976], 247). El sufrimiento en las prisiones de esos días era horrible. Los espacios eran estrechos, sucios y ruidosos; las provisiones se limitaban a pan y agua, y las penas de prisión podían ser aumentadas sin causa. Los primeros santos corrían el riesgo de ser encarcelados cuando visitaban a los presos. Algunas de estas condiciones están descritas en Arthur W. Pink, *An Exposition of Hebrews (Una exposición sobre Hebreos)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1954), 1121.

hizo mucho más que eso. Le mostró a esta persona la respuesta a la pregunta que debió haber hecho, a saber: «¿Para quién debo ser yo un hermano?». La respuesta fue «Para toda la humanidad, incluso para los que más desprecias, tales como los samaritanos». El amor fraternal va más allá de ser cordiales; es un amor especial que debemos tener por todos los hermanos que son fieles en Cristo.

Si practicamos el amor correcto, consideraremos a todos los hermanos y hermanas como fieles al Señor, a menos que demuestren ser lo contrario. Cuando dejamos de considerar a otro como un hermano fiel, tenemos que pensar cuidadosa y calmadamente. Debemos preguntar: «¿Es un hermano débil?». Si es así, tenemos que tratarlo con mucho cuidado para no ofenderlo ni causarle tropiezo, contribuyendo con ello a que se aparte de la fe (1ª Corintios 8.12, 13).

Las Escrituras enseñan que el que promueve su opinión, de forma que divida el cuerpo de Cristo, debe ser evitado (Tito 3.10, 11; 2ª Tesalonicenses 3.6). La palabra para el «hombre que cause divisiones» en Tito 3.10 es αἰρετικός (*hairetikos*, «hereje»), que se refiere a alguien que causa facciones o divisiones. El que impone su opinión sobre otros puede llevar al cese de la comunión fraternal. Una persona así no puede ser tolerada en un cuerpo que desea practicar el amor fraternal.

CON RESPECTO A LOS PRESOS

El visitar a los presos podría no ser una tarea agradable, sin embargo, es un mandamiento del Señor. Cuando servimos a los demás, estamos sirviendo a Cristo (Mateo 25.36, 43). Algunos podrían pensar: «Tengo suficientes problemas sin necesidad de involucrarme con personas que han quebrantado la ley». Debemos recordar que una de las mejores formas de superar nuestros propios problemas es concentrarnos en ayudar a los demás.

La congregación a la que sirvo ha bautizado cerca de mil personas en las cárceles de los alrededores en los últimos diez años. En una gran prisión de las afueras de la ciudad, este ministerio tiene un promedio de dos a tres bautismos por semana, y no es increíble oír hablar de una docena de personas siendo bautizadas en un solo domingo. Trato de solidarizarme con estos hermanos, sin embargo, yo tengo la libertad de salir del servicio de adoración de un domingo por la tarde, mientras que ellos tienen que permanecer ahí. ¡Qué difícil es «[acordarnos] de los presos, como si [estuviéramos] presos juntamente con ellos»!

Autor: Martel Pace

©Copyright 2006, 2010, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados